

## Con el hombre de la Quintana

Hay que sentirlo y decirlo con orgullo: Pedro de Lorenzo, don Pedro, polígrafo por los cuatro costados y por todos los puntos cardinales del mapa literario, es —mientras aliente— el patriarca de las letras de Extremadura, el referente y norte de su lugar y sentido en el concierto de la literatura en castellano.

Fue, empezó siendo, de los jóvenes bienintencionados de ideales que la oficialidad gobernante quiso poner de zapadores para abrir brechas de cultura en el yermo de la Victoria. Pero también fue de los que pronto se ganaron recelos, aislamientos, incomprensiones y hasta censuras personales y editoriales de parte de esa misma oficialidad.

De joven se licenció en leyes y abrió bufete en su tierra natalicia, pero su actividad —sesenta años de trabajo sin cejar— tuvo, ha tenido, tiene todavía, tres yunques sin mella y la palabra como única y valiosísima herramienta. «Yo he trabajado tres idiomas: la voluntad de difusión, o periodismo; las instantáneas de la palabra, en la tribuna; y esta idealidad: la vocación de permanencia que se propone el libro». Así se expresaba en una de sus últimas obras —*Toque de queda* (1994)— hermoso y sentido libro (¿memoria?, ¿confesión?, ¿meditación a sovoz?) tras haber coronado una obra ancha y larga como los dos grandes ríos de la tierra que él cantara —agua y campo— desde la «fantasía heroica».

Ningún género literario le ha sido extraño a Pedro de Lorenzo, aunque todos los trabajados se reconocen en el envidiable denominador común de una prosa póstica, hecha al tórculo de la precisión léxica y a la cadencia del pentagrama, alimentada en la tradición de fray Luis, de

D'Ors, de Miró, de Azorín, que son algunas de sus más sinceras devociones lectoprofanas. Como el maestro agustino se recreaba en su «Flecha», don Pedro gusta de su Quintana —soleada soledad hecha de extremeñas soledumbres—; como el maestro catalán, de Lorenzo se nutre de un esteticismo cultural que da profundidad y volumen de obra meditada y documentada a todos sus ensayos; como el autor de *Años y Leguas*, nuestro escritor articula sus novelas en escenas y estampas y busca preferente la sensación de la palabra sonora, bella, sugerente, mimbres de sinestesias, pero sin olvidar, como el de Monóvar, el exactismo léxico, el ritmo sosegado, el nombrar sin decir, la importancia suma de los detalles singulares, el lento, inasible y poderoso paso del tiempo.

Pero decía antes que ningún género se le ha resistido a Pedro de Lorenzo porque, si bien no figura obra teatral alguna en su bibliografía, ya desde la primera de sus novelas demostró que sabía aplicarse al diálogo en una suerte de moderna novela dialogada (una, de los últimos años, lo es en su integridad: *La soledad en armas*, 1980).

Toda la extensa —e intensa— obra literaria de Pedro de Lorenzo se agrupa en cuatro series que proyectan al hombre en su historia, y la historia en el hombre: los libros de la vocación, los del descontento, los libros dedicados a la tierra y los encomendados a los adioses. Los habrá preferidos de unos y de otros, porque son muchos y varios, para variedad de paladares lectores. Mucho de ello lo reunió Editora Nacional en cuatro tomos en pasta verde oscuro, con miles de páginas bien prologadas por lectores preferentes. El autor dejó guía de su territorio para avezados y neófitos transeúntes: *Cuadernos de un joven creador* (1971).

Sorprende aún que en 1943 pudiese aparecer un libro como *La quinta soledad*. Inicia esa novela los «libros de la vocación»; y conseguir una prosa como la que esplende en ese libro era mucho más que inicial respuesta a la llamada, sino granazón en la tempranera. Compartió círculo en los oscuros cuarenta con *La sal perdida*, (experimental, cinematográfica, objetivista, de lo que no había aún por estos pagos), *Tu dulce cuerpo pensado* —excelente prosa amorosa bajo el patrocinio de Pedro Salinas— y *Fantasia en la plazuela*, en los primeros cincuenta, de cuando la prosa narrativa española quería embutirse en el gris abrigo neorrealista, y en el libro de don Pedro se ofrecía la entonces desusada fórmula de la intimidad auscultada que sale de sí para abrirse a lo cadenciosamente próximo: la casa, los hijos, los antepasados, los amigos —ayer, mañana,

hoy—. Porque es urgente decirlo ahora y para después: si hay un nombre en español al que le viene como solitario al dedo lo que el inglés Fredman llamó «novela lírica», ése es —entre Azorín, Pérez de Ayala, Miró o Jarnés— nuestro don Pedro de Lorenzo.

La rotundidad como narrador se confirma en el ciclo de «los descontentos», conjunto perfectamente trabado, «novela de una familia en una familia de novelas», el tercer gran ejemplo de novela-saga de este siglo, junto a las firmadas por Agustí y Gironella. Las une a todas Alonso Mora (de Morales, el segundo apellido del autor) que no es sino el alter ego que don Pedro ideó para acercarse y distanciarse de las historias a placer (tiene antecedente bajo el nombre de Sigüenza en la luz alicantina y en la sangre mironiana). Aquí recoge también de Lorenzo algo de la visión narrativa de Extremadura, más serena, equilibrada y equitativa que la de sus antecesores; ni la arcadía feliz de Reyes Huerta ni el infierno sombrío, solanesco, de Trigo. La que abre —*Una conciencia de alquiler*, 1952, novela decisiva en la trayectoria literaria de don Pedro— sería la primera en el tiempo pero no en la historia de los Mora. El resto de las entregas reconstruyen los avatares de Alonso: su infancia (*Los alamos de Alonso Mora*; 1970), su noviazgo y adolescencia hasta el jalón del año 31 (*Cuatro de familia*, 1956) el desengaño y la huida, repensados, analizados en la noche del 21 de junio de 1936 (*Gran Café*, 1974), los atroces días de la Guerra Civil (*La soledad en armas* y la citada como primera, y con el reto estructural del tiempo reducido a la tarde noche del 23 de agosto del 39, en el trágico y chirriante gozne entre la guerra patria y la guerra mundial). La saga se completa con dos entregas más, *Episodios de la era del tiburón* (1982; extendida a lo largo de todo la cuarentena franquista) y *El hombre de la Quintana* (1978; el retiro del personaje, ahora don Alfonso de la Mora, ya en declive).

En el ciclo de «la tierra y los muertos», junto a una hermosa biografía de Fray Luis (1964) Extremadura cobra todo su protagonismo en la obra laurentina, Extremadura vista como una fantasía en cuatro actos o cuatro etapas de su devenir histórico: la romana de Mérida, la árabe de Badajoz, la medieval y renacentista de Cáceres, el salto a la tierra de promisión desde Trujillo y su plaza que gira en torno a la estatua verde bronce de Pizarro, con sendas detenciones en la hispanidad de Guadalupe y la soledad —siempre la soledad en la literatura laurentina— de Yuste. Una Extremadura —y un elogio de la extremeñidad— que se prolonga en el libro *Capítulo de la insistencia* (1975). Finalmente más misceláneo es el

último de los ciclos de la ingente obra de don Pedro, el de la despedida que por ventura tarda y tarda en llegar; entre los libros que conforman «Los Adioses» me gusta señalar dos especialmente: el primero del grupo, *Elogio de la retórica* (1969), en el que el brillante orador y el exquisito escritor se unen en la encendida defensa del arte del bien decir: «hice del retonzar un zaherimiento de los poderes: presentes o representados»; y también un libro editado en esta esquina del Oeste —*Diario de la mañana*, 1983— en el que se vuelca toda la riquísima experiencia de Pedro de Lorenzo en el ejercicio del periodismo, en la dirección de cabeceras múltiples en tantos y tantos años de profesión, desde el «Diario Vasco» de las primeras armas —era 1942— a los ocho años de «ABC».

Hasta aquí un apunte ínfimo de una obra ingente. Pero aún quiero pedirles licencia para satisfacer un interés personal, que me lleva de nuevo a la inicial literatura de don Pedro de Lorenzo. De aquella primera década de publicista he seleccionado tres hechos que me parecen fundamentales en su obra y en el contexto de la literatura española de la auténtica y difícil posguerra. Es el primero la aventura de *Garcilaso*, la hermosa revista de poesía (y no sólo de poesía) con la que se ha sido tan injusto que a diferencia de sus hermanas de análoga altura —«Espadaña», «Cántico», «Proel»— no sólo no ha tenido su reedición facsimilar, sino que tan siquiera ha cosechado una Antología que la explicase a las nuevas generaciones, sin mixtificar la evidencia de unos índices de contenido, y es casi tarea de heroica paciencia encontrarla completa en bibliotecas de postín. No ha tenido la suerte que se merecía aquella hermosa empresa que empezó a impulsar Pedro de Lorenzo —su primer director— con la ayuda pronta y generosa de Jesús Revuelta y José García Nieto. Había de ser durante tres años el lugar de encuentro, sentido y carta de naturaleza de la «juventud creadora», nombre con el que don Pedro bautizó al grupo que lo reconocía como suyo, como veinte años antes lo hizo Azorín con los de su cuerda. Azoriniano don Pedro hasta en eso.

La segunda tiene nombre de libro, de un libro especial y singular en la copiosa bibliografía laurentina, y que por su cosecha de variantes textuales es apetecible objeto de estudio filológico: me refiero al libro de prosas poéticas de intenso tono amoroso y cosmogónico *Tu dulce cuerpo pensado*. ¡Qué profundo ejercicio de estilo, de musicalidad!, ¡qué de reverberantes sugerencias y connotaciones encienden todas las palabras de esta hermosa obra, ya en la primera versión de 1943, y por supuesto en la definitiva de 1974! Se logra la más alquitarada poesía con los largos

surcos de la prosa, sin las apoyaturas del verso que tiene el ritmo —y hasta la rima— por obligada connaturalidad. ¡Y qué pertrecho de lecturas se advierte bajo el bastidor de esta prosa diamantina, consagrada a una amada tan singular como que es la amada pensada, la amada-Idea! Tras un título que rinde recuerdo al autor de *La voz a ti debida* (quien a su vez titulaba en Garcilaso) resuenan los Salmos bíblicos y el Cantar de los Cantares; la más hermosa poesía arábigo andaluza, las canciones albertianas y la melancolía de Juan Ramón; las odas luisianas al cielo estrellado y la noche serena, el jardín cerrado de Soto y los atrevimientos barrocos del Quevedo que cantaba a su soñada Lisi. Un ejemplo entre incontables: la alegría de la mujer, su risa que atrae y estalla, cuajó en el «relámpago de risa carmesí» de don Francisco, y rodando y rondado por la poesía de Bécquer, o de Neruda (otro eco) llega hasta un párrafo de *Tu dulce cuerpo pensado*, aquél que sorprende «la grana de los labios entreabiertos» y se para a escuchar...: «campano de luz tu garganta, ríes y en la raza cruel de los dientes rafaguea el repique de tu voz».

Y vengamos a la tercera, que es la quinta, siendo la primera. Habrán adivinado que me quiero referir a su primera novela, *La quinta soledad*, ahora en su tercera salida de la mano de dos palafreneros ilustres, José Miguel Santiago Castelo y José Luis Bernal, que han puesto letra y firma a un certero preliminar que suscribo desde la cruz a la fecha.

Situar esta novela en el año de su escritura y de su publicación —1939, 1943— equivale a sorprenderse doblemente: primero porque títulos como *La quinta soledad* ponen en evidencia la cicatería —interesada o simplemente por comodona miopía— de los historiadores literarios que todavía no han echado cubos de ponderada luz sobre los oscuros años cuarenta, que tan reductora y tópicamente se despachan en tratados de medio pelo; en segundo lugar, porque la novela de don Pedro viene a desmetir que toda la narrativa de los primérisimos cuarenta fueran disquisiciones ideológicas falangistas a lo *Javier Mariño*, o negros nubarrones de tremendismo violento y primitivo a lo *Pascual Duarte* o deliciosas evasiones en el prieto azul isleño y mediterráneo al modo de *Miss Giacomini*, o, en fin, autocontemplativos cantos al coraje de trincheras aún sin borrar en *La fiel infantería*. Todavía faltaba uno o dos años para que Dámaso Alonso o Carmen Laforet sajaran en la herida supurante y ya Pedro de Lorenzo nos hablaba de la cárcel, o mejor, de vanas cárceles: de la real de tanto preso político de esos días; de la cárcel que parece unida con inquebrantables grilletes a la creación literaria hispana —Fray Luis,

Cervantes, Quevedo—; pero también de la cárcel existencial, esa que nos agarra y no nos suelta hasta la desembocadura del río, porque las libertades de puerta entreabierta con que parece halagamos de vez en cuando la vida no son más que cangilones para ir de cárcel en cárcel. Lo ha metaforizado muy bien Buero Vallejo en su obra mejor, y no en vano Buero es de la misma quinta —o sea, de un mismo tiempo histórico comparado— que nuestro querido don Pedro.

Pero la peripecia de ese Uno —la abstracción del símbolo que a todos nos acoge— en su «cárcel infinita», la reviste Pedro de Lorenzo con una prosa inusualmente espléndida, en la que la visión de las cosas —la descripción— y el análisis de los sentimientos —la introspección— se convierten en una deslumbrante experiencia lectora, que si se hace en voz alta, se advierte aún mejor el preciso y precioso ritmo que la preside y la organiza. Y en la prosa el tiempo que desgrana sus gajos agraces por toda la novela, porque el tiempo —más que el espacio— es lo que verdaderamente nos aprisiona, pero también lo que nos transforma, lo que nos hace otros sin dejar de ser los mismos, los permanentes. Y es que el novelista hace también de su cárcel, de su soledad, de su dolorido sentir (Garcilaso siempre; la novela nació al amparo de la revista, como un esqueje de su gran árbol) el símbolo de lo intrahistórico, en lo que comulga con Azorín. Y lean, si no, el espléndido capítulo —¿cuál no lo es?— titulado «Fabulilla», y compárenlo con el inolvidable episodio del libro *Castilla* titulado «Una ciudad y un balcón». Como en el texto azoriniano, el capítulo de la novela laurentina presenta tres secuencias fijadas en tres años distintos —1873, 1917, 1937— y a través de ellas vamos siguiendo los cambios externos de una ciudad, un paisaje, una escuela, transformación, en fin, bajo la cual permanece constante, imperecedera, la tensión niño-hombre que resume el arco de la vida, el río de la existencia, que es el mismo río, aunque cambie el puente bajo el que pasa. Tres lecciones de gramática —una en cada secuencia, una en cada fecha— resumen el sentido del vivir de Uno y de todos: conjugar los verbos «sentir», «temer» y «comprender».

Se ha dicho que el «joven creador» tituló su primera novela en referencia continuadora y ordinal de las cuatro *Soledades* que proyectara don Luis de Góngora. Es posible, pero no me satisface que fuera simplemente por eso. Creo que en el ordinal —«quinta»— que acompaña a uno de los vocablos más íntimamente queridos en el riquísimo léxico laurentino —«soledad»— coinciden múltiples acepciones y de todas

quiere participar ese título, que es todo un hallazgo al frente de una novela repleta de hallazgos. Esa «quinta» (no olvidemos el valor emblemático, carismático del guarismo) es también el nombre de la casa solariega, aislada, en la que gustan recluirse los personajes del novelista (recuérdese la ya citada *El hombre de la Quintana*) y no deja de ser también uno de los formantes de la voz «quintaesencia», «lo más acendrado de alguna cosa», de modo que esa «quinta soledad» en la que está inmerso Uno es la soledad absoluta, la soledad total, la soledad perfecta, la soledad de los cinco sentidos (otra manera complementaria de entender el ordinal del título). Porque la soledad no es sólo motivo de sufrimiento, sino también el espacio mental y espiritual de la creación, con su dolor y con su gozo. En un pasaje del libro *Tu dulce cuerpo pensado*, que se empezó a escribir cuando *La Quinta soledad* se editaba y casi al mismo tiempo era secuestrada por orden gubernativa, podemos leer este párrafo que es —creo— perfectamente aplicable al sentido de la «soledad» en la novela: «Soledad, en la cumbre. Para llegar a ella he cruzado una vez y siete veces el error, el perdón y la culpa. Soledad buscada, forzada, para alcanzar la cual abrasé media vida (...). Esta soledad muda que me rodea como una campana de cristal mi pensamiento, es otra sobresoledad personalizada que me asedia y me destruye». Eso es, en palabras de don Pedro, la «séptima soledad» del libro poético y la «quinta soledad» del libro narrativo. Al fondo las palabras de Nietzsche:

«Una experiencia de siete soledades».

Acabo ya, aunque lo que sigue todavía manando es la palabra, hablada o escrita, de don Pedro. Celebrémoslo como lo estamos haciendo en este homenaje. Va para más de un lustro que hizo sonar su *Toque de queda* y todavía hay proyectos, todavía hay artículos, todavía quedan experiencias, recuerdos y sensaciones por escribir. Un día de hace seis años aseguraba por escrito que «el escritor ha echado el cierre de su tienda de escritor»; y parafraseando a Gide, reconocía su satisfacción personal por haber dejado hecha su obra. Que no le quepa duda: la obra fue hecha y seguirá hecha por encima del tiempo, en pujante salto de pértiga. Para honra, prestigio y memoria del hombre de La Quintana y para aprendizaje, placer y estímulo de todos sus lectores.

GREGORIO TORRES NEBRERA